

dad del Betis, Abú-l-Cásim Mohámmad ben-Abbad, que se decía descendiente de los antiguos reyes de Hira, y cuya familia procedía, sin embargo, de las fronteras de la Siria y del Egipto en el distrito de Émeso (1). Ambicioso cual el mismo Al-Manzor, á quien sin duda se había propuesto por modelo, y afortunado como él, Abú-l-Cásim, egoísta é ingrato, soñaba con la restauración, bajo su gobierno, de la decaída raza arábica, y con la formación de un solo y poderoso estado, que comprendiera íntegros todos los que fueron en otro tiempo dominios de los Califas; y persiguiendo anheloso semejante aspiración, que no era en realidad sino salvadora para la grey musulme, procuraba sin vacilaciones engrandecer su reino, ora conquistando á Beja en el Algarbe, á despecho del berberisco Abd-ul-Láh-ibn-Al-Aftás, de Badajóz; ora haciendo incursiones por territorio cristiano; luchando ya contra el mismo Califa Yahya-ibn-Alí-ben-Hammud en Carmona; ya llevando la guerra á las comarcas orientales donde no recelaba en declararla al ámirita Zohair de Almería, ó despojando de Écija y de Osuna á su antiguo aliado el berebér Mohámmad-ibn-Abd-il-Láh de Carmona, como con febril actividad combatía al lado del berebér Badis, señor de las comarcas granadinas, contra Idrís II que lo era de las de la comercial y populosa Málaga.

Herederó de la política de su padre, cual lo era de sus ambiciones y de sus proyectos, bien que apareciendo á la par con el carácter de *háchib* ó primer ministro del fantaseado Hixém II, —reemplazaba Al-Motadhid en el gobierno de Sevilla el año 1042 al antiguo Cadhí de aquella Aljama. Animado del mismo espíritu que había impulsado á Abú-l-Cásim en todas sus empresas, cruel y sanguinario, pérfido y astuto al mismo tiempo que supersticioso, como todos los tiranos (2), el nuevo régulo de la

(1) Dozy, *Scriptorum loci Abbadidarum*, t. I. pág. 220; *Hist. des musulmans*, t. IV., pág. 9.

(2) Habiéndole predicho los astrólogos «que sa dynastie serait renversée par

opulenta ciudad del Guadalquivir apresurábase, cual si le faltase espacio para ello, á hacer patentes sus aspiraciones, declarando abiertamente la guerra al bereber Mohámmad de Carmona. Grande fué la resistencia que le oponía el antiguo aliado de su padre, y larga era la duración de aquella lucha en que hallaba al fin la muerte su contrario (1043); y aunque, proclamado el príncipe Isahak como sucesor de Mohámmad, la guerra siguió asolando cruel aquel rico territorio de la Bética,—para demostrar Al Motadhid la grandeza de su poderío, no vacilaba en llevarla sanguinario á las comarcas occidentales, por donde procuraba y pretendía dilatar las fronteras de su reino. Corría ya el año 1044, y mientras con servil complacencia cruzaban los ejércitos del sevillano por los dominios, sin duda, del señorío de los Beni-Yahya, dueños de Niebla y su distrito, cuyo representante se los hubo de franquear solícito y temeroso,—caía por sorpresa sobre Mértola, en el lado allá del Guadiana, y despojaba al confiado Ibn-Taifur de su fugaz soberanía.

Era á la sazón señor de Niebla el yemení Fath ibn-Jaláf-ibn-Yahya, sobrino del fundador de aquella dinastía, quien en época no determinada, pero no muy distante de la citada fecha de 1044, había sucedido á su tío Mohámmad-ibn-Yahya Al-Yahssobí, heredero desde 1041 de Ahmed Abú-l-Abbas, su hermano. Por su raza, por su extirpe, por los servicios que su predecesor tenía prestados á Abú-l-Cásim, y por los mismos que él con forzada oficiosidad acababa de hacer á Al-Motadhid, juzgábase seguro en sus dominios, que había procurado engrandecer, como debió de cierto hermohear su corte, sin sospecha siquiera de que la derrota y la caída del régulo de Mértola, eran también la señal

des hommes nés hors de la Péninsule», Al-Motadhid odiaba á los bereberes, siendo ésta, según quieren los autores, la causa partiéular por la que hubo de dirigir sus armas en primer lugar contra ellos. Véase Dozy, *Hist. des musulm.* t. IV, pág. 80, citando el t. I, pág. 251 y el t. II, pág. 60 de sus *Scriptorum locis Abbadidarum*.

de su propia ruina y su desgracia. Cruzando de nuevo el Guadiana, las tropas de Al-Motadhid, enardecidas por el fácil triunfo á tan poca costa sobre Ibn-Taifur logrado, volvíanse contra Fath-ibn-Jaláf arrebatadamente; y aunque el régulo de la antigua *Elepla* visigoda agotó sus recursos para rechazar semejante agresión; jamás por él presumida, y luchó denodado á través de los desfiladeros y montañas por donde se abre paso el Tinto, —obligado y reducido al postrer extremo, sin medios para proseguir el combate, pero con el deseo de defender su soberanía, no sin repugnancia apelaba en su angustia á su vecino el rey de Badajoz, de extirpe berberisca, Mohámmad Abu-Béquer, apellidado *Al-Modhaffár*, de quien solicitaba con toda urgencia auxilio, mientras él continuaba sosteniéndose esforzado contra los guerreros de Sevilla.

Conocedor de los designios de Al-Motadhid, y del odio profesado por éste hacia los berberiscos, apresurábase con efecto Al-Modhaffár á complacer al de Niebla; y penetrando por el norte en los dominios de Ibn-Jaláf, no tardó en encontrarse frente á frente de los conquistadores de Mértola. Trabóse allí la lid, que hubo de ser sangrienta y empeñada, y en la cual al cabo, rechazados con grandes pérdidas los sevillanos, huían á la desbandada perseguidos por las gentes unidas de Ibn-Jaláf y de Abú-Bequer, hasta encontrar refugio en los dominios de Sevilla. Libre quedaba Niebla en aquella ocasión de sus enemigos; pero por todas partes aparecían las huellas asoladoras de la lucha, y por todas partes, los pueblos sorprendidos y estragados, clamaban contra el ambicioso, que había trocado en días de luto los de prosperidad de que gozaban. Arrastrado por los acontecimientos y por la perfidia de Al-Motadhid,—Ibn-Jaláf, aunque árabe, se decidía á vengar el ultraje recibido, concluyendo con el régulo berebér de Badajoz estrecha alianza, enderezada á destruir el poderío del Abbadita, y en la que lograba Al-Modhaffár que entrasen no escaso número de bereberes, entre los cuales figuraban Badis-ibn-Habbus el Sinhechy, de Granada, Mohám-

mad I ibn-Idrís-ben-Hammud, de Málaga, y Mohámmad-ibn-Cásim-ben-Hammud de Algeciras, formando así liga tan formidable, que contra ella se estrellaran los esfuerzos del sevillano.

No podía con efecto parecer la situación más ventajosa ni favorable para los musulimes de Niebla, esperando bajo la protección de aquellas extrañas gentes, á quienes por ser de raza distinta, habían siempre menospreciado,—seguir confiadamente disfrutando de la libertad por acaso obtenida en pos de tan largos días de servidumbre; veamos pues, si en realidad se confirmaban sus deseos, y si Niebla, desligada por completo de su antigua metrópoli, lograba para siempre la suspirada independencia, hurtándose al destino que la suerte le tenía reservado.